Arquitrave



Mario Vargas Llosa • Konstandinos Kavafis
Jorge Bustamante García • Mónica Saldías • Rodolfo Häsler
Marco Lucchesi • Gilberto Cerón • Silvia Favaretto

El Alejandrino

Mario Vargas Llosa

El departamento donde el poeta Konstandinos Kavafis (1863-1933) vivió en Alejandría sus últimos 27 años está en un edificio venido a menos, en el centro de la ciudad, en una calle que se llamó Lepsius cuando habitaban el barrio los griegos y los italianos y que se llama ahora Charm-el-Sheik.



Todavía quedan algunos griegos por el contorno, a juzgar por unos cuantos letreros en lengua helénica, pero lo que domina por doquier es el árabe. El barrio se ha empobrecido y está lleno de callejones hacinados, casas en ruinas, veredas agujereadas y -signo típico de los distritos miserables en Egipto- las azoteas han sido convertidas por los vecinos en pestilentes basurales. Pero la bella iglesita ortodoxa a la que acudían los creyentes en su tiempo está todavía allí, y también la airosa mezquita, y el hospital. En cambio, ha desaparecido el burdel que funcionaba en la planta baja de su piso.

El departamento es un pequeño museo a cargo del consulado griego y no debe recibir muchas visitas, a juzgar por el soñoliento muchacho que nos abre la puerta y nos mira como si fuésemos marcianos. Kavafis es poco menos que un desconocido en esta ciudad que sus poemas han inmortalizado -ellos son, con la famosísima Biblioteca quemada de la antigüedad y los amores de Cleopatra, lo mejor que le ha pasado desde que la fundó Alejandro el Grande en el 331

a.d. Cristo-, donde no hay una calle que lleve su nombre ni una estatua que lo recuerde, o, si las hay, no figuran en las guías y nadie sabe dónde encontrarlas.

La vivienda es oscura, de techos altos, lúgubres pasillos y amoblada con la circunspección con que debió estarlo cuando se instaló aquí Kavafis, con su hermano Pablo, en 1907. Este último convivió con él apenas un año y luego se marchó a París. Desde entonces, Konstandinos vivió aquí solo, y, al parecer, mientras permanecía dentro de estos espesos muros, con irrenunciable sobriedad.

Este es uno de los escenarios de la menos interesante de las vidas de Kavafis, la que no dejó huella en su poesía y que nos cuesta imaginar cuando lo leemos: la del atildado y modesto burgués que fue agente en la Bolsa del algodón y que, durante treinta años, como un burócrata modelo, trabajó en el Departamento de Irrigación del Ministerio de Obras Públicas, en el que, por su puntualidad y eficiencia, fue ascendiendo hasta llegar a la subdirección.

Las fotos de las paredes dan testimonio de ese prototipo cívico: los gruesos anteojos de montura de carey, los cuellos duros, la ceñida corbata, el pañuelito en el bolsillo superior de la chaqueta, el chaleco con leontina y los gemelos en los puños blancos de la camisa. Bien rasurado y bien peinado, mira a la cámara muy serio, como la encarnación misma del hombre sin cualidades. Ése es el mismo Kavafis al que mató un cáncer en la laringe y que está enterrado en el cementerio greco-ortodoxo de Alejandría, entre ostentosos mausoleos, en un pequeño rectángulo de lápidas de mármoles, que comparte con los huesos de dos o tres parientes.

En el pequeño museo no hay una sola de las famosas hojas volanderas donde publicó sus primeros poemas y que, en tiradas insignificantes -treinta o cuarenta copias- repartía avaramente a unos pocos elegidos. Tampoco, alguno de los opúsculos -cincuenta ejemplares el primero, setenta el segundo- en los que reunió en dos ocasiones un puñadito de poemas, los únicos que, durante su vida, alcanzaron una forma incipiente de libro. El secretismo que

rodeó el ejercicio de la poesía en este altísimo poeta no sólo tenía que ver con su homosexualidad, bochornosa tara en un funcionario público y un pequeño burgués de la época y del lugar, que en sus poemas se explayaba con tan sorprendente libertad sobre sus aficiones sexuales; también, y acaso sobre todo, con la fascinación que ejercieron sobre él la clandestinidad, la catacumba, la vida maldita y marginal, que practicó a ratos y a la que cantó con inigualable elegancia. La poesía, para Kavafis, como el placer y la belleza, no se daban a la luz pública ni estaban al alcance de todos: sólo de aquellos temerarios estetas hedonistas que iban a buscarlos y cultivarlos, como frutos prohibidos, en peligrosos territorios.

De ese Kavafis, en el museo hay solamente una rápida huella, en unos dibujitos sin fecha esbozados por él en un cuaderno escolar cuyas páginas han sido arrancadas y pegadas en las paredes, sin protección alguna: muchachos, o acaso un mismo muchacho en diferentes posturas, mostrando sus apolíneas siluetas y sus vergas enhiestas. Este Kavafis me lo imagino muy bien, desde que lo leí por primera vez, en la versión en prosa de sus poemas hecha por Marguerite Yourcenar, aquel Kavafis sensual y decadente que discretamente sugirió E. M. Foster en su ensayo de 1926 y el que volvió figura mítica el Cuarteto de Alejandría de Lawrence Durrell.

Aquí, en su ciudad, pululan todavía los cafetines y las tabernas de sus poemas y que, como éstos, carecen casi totalmente de mujeres y de parejas heterosexuales. No me consta, pero estoy seguro de que, en ellos, todavía, entre el aroma del café turco y las nubes de humo que despiden los aparatosos fumadores de shisha, en esas muchedumbres masculinas que los atestan se fraguan los ardientes encuentros, los primeros escarceos, los tráficos mercantiles que preceden los acoplamientos afiebrados de los amantes de ocasión, en casas de cita cuya sordidez y mugre aderezan el rijo de los exquisitos. Hasta diría que lo he visto, en las terrazas de La Corniche, o en los cuchitriles humosos que rodean el mercado de las telas, caballero de naricilla fruncida, labios ávidos y ojitos lujuriosos, a la caída de la noche, bajo la

calidez de las primeras estrellas y la brisa del mar, espiando a los jóvenes de aire forajido que se pasean sacando mucho el culo, en busca de clientes.

A diferencia de la serenidad y la naturalidad con que los hombres -mejor sería decir los adolescentes- se aman entre ellos en los poemas de Kavafis, y disfrutan del goce sexual con la buena conciencia de dioses paganos, para él esos amores debieron ser extremadamente difíciles y sobresaltados, impregnados a veces de temor y siempre de ilusiones que se frustraban. Lo genial de su poesía erótica es que aquellas experiencias, que debieron ser limitadas y vividas en la terrible tensión de quien en su vida pública guardaba siempre la apariencia de la respetabilidad y rehuía por todos los medios el escándalo, se transforman en una utopía: una manera suprema de vivir y de gozar, de romper los límites de la condición humana y acceder a una forma superior de existencia, de alcanzar una suerte de espiritualidad laica, en la que, a través del placer de los sentidos y de la percepción y disfrute de la belleza física, un ser humano llega, como los místicos en sus trances divinos, a la altura de los dioses, a ser también un dios.

Los poemas eróticos de Kavafis arden de una sensualidad desbocada y, pese a ello, y a su utilería romántica de decadencia y malditismo, son sin embargo curiosamente fríos, con cierta distancia racional, la de una inteligencia que gobierna la efusión de las pasiones y la fiesta de los instintos, y, a la vez que la representa en el verso, la observa, la estudia y, valiéndose de la forma, la perfecciona y eterniza.

Sus temas y su vocación sexual estaban infiltrados de romanticismo decimonónico -de exceso y trasgresión, de individualismo aristocrático-, pero, a la hora de coger la pluma y sentarse a escribir, surgía del fondo de su ser y tomaba las riendas de su espíritu, un clásico, obsesionado con la armonía de las formas y la claridad de la expresión, un convencido de que la destreza artesanal, la lucidez, la disciplina y el buen uso de la memoria eran preferibles a la improvisación y a la desordenada inspiración

para alcanzar la absoluta perfección artística. Él la alcanzó, y de tal manera, que su poesía es capaz de resistir la prueba de la traducción -una prueba que casi siempre asesina a la de los demás poetas- y helarnos la sangre y maravillarnos en sus distintas versiones, a quienes no podemos leerla en el griego demótico y de la diáspora en que fue escrita.

Ese es el tercer Kavafis de la indisoluble trinidad: el extemporáneo, el que en alas de la fantasía y la historia vivió, al mismo tiempo, bajo el yugo británico contemporáneo y veinte siglos atrás, en una provincia romana de griegos levantiscos, judíos industriosos y mercaderes procedentes de todos los rincones del mundo, o unas centenas de años después, cuando cristianos y paganos se cruzaban y descruzaban en una confusa sociedad donde proliferaban las virtudes y los vicios, los seres divinos y los humanos y era casi imposible diferenciar a los unos de los otros. El Kavafis heleno, el romano, el bizantino, el judío, salta fácilmente de un siglo a otro, de una civilización a la siguiente o a la anterior, con la facilidad y la gracia con que un diestro danzarín realiza una acrobacia, conservando siempre la coherencia y la continuidad de sus movimientos. Su mundo no es nada erudito, aunque sus personajes, lugares, batallas, intrigas cortesanas, puedan ser rastreados en los libros de historia, porque la erudición antepone una barrera glacial de datos, precisiones y

referencias entre la información y la realidad, y el mundo de Kavafis tiene la frescura y la intensidad de lo vivido, pero no es la vida al natural, sino la vida enriquecida y detenida -sin dejar de seguir viviendo- en la obra de arte. Alejandría está siempre allí, en esos poemas deslumbrantes. Porque en ella ocurren los episodios que evoca, o porque es desde esa perspectiva que se vislumbran o recuerdan o añoran los sucesos griegos, romanos o cristianos, o porque quien inventa y canta es de allí y no quiere ser de ninguna otra parte.

Era un alejandrino singular y un hombre de la periferia, un griego de la diáspora que hizo por su patria cultural -la de su lengua y la de su antiquísima mitología- más que ningún otro

escritor desde los tiempos clásicos, pero ¿cómo podría ser adscrito, así, sin más, a la historia de la literatura griega moderna europea, este medio-oriental tan identificado con los olores, los sabores, los mitos y el pasado de su tierra de exilio, esa encrucijada cultural y geográfica

donde el Asia y el África se tocan y confunden, así como se han confundido en ella todas las civilizaciones, razas y religiones mediterráneas? Todas ellas han dejado un sedimento en el mundo que creó Kavafis, un poeta que con todo ese riquísimo material histórico y cultural fue capaz de crear otro, distinto, que se reaviva y actualiza cada vez que lo leemos.

Los alejandrinos de hoy día no frecuentan su poesía y la gran mayoría de ellos ni siquiera conoce su nombre. Pero, para quienes lo hemos leído, la Alejandría más real y tangible, cuando llegamos aquí, no es la de su hermosa playa y su curvo malecón, la de sus nubes viajeras, sus tranvías amarillos y el anfiteatro erigido con piedras de granito traídas de Assuán, ni siquiera la de las maravillas arqueológicas de su museo. Sino la Alejandría de Kavafis, aquella en la que discuten e imparten sus doctrinas los sofistas, donde se filosofa sobre las enseñanzas de las Termópilas y el simbolismo del viaje de Ulises a Itaca, donde los vecinos curiosos salen de sus casas a ver a los hijos de Cleopatra -Cesáreo, Alejandro y Tolomeo- asistir al Gimnasio, cuyas calles apestan a vino e incienso cuando pasa el cortejo de Baco, inmediatamente después de los dolidos funerales a un gramático, donde el amor es sólo cosa de hombres y donde, de pronto, sobreviene el pánico, porque ha corrido el rumor de que pronto llegarán los bárbaros.

Konstandinos Kavafis

Tumba de Eurión
(1912)

En esta tumba –rica en diseño,
toda en mármol de Tebas,
cubierta con lirios y violetas-
yace el hermoso Eurion,
un alejandrino de veinticinco años.
Descendiente de macedonios y magistrados
estudió filosofía con Aristokleitos
y con Paros, retórica, y en Tebas leyó las Sagradas Escrituras.
Redactó también una historia de la provincia de Arsinoe.
Todo eso al menos habrá de sobrevivirle.
Pero perdimos para siempre lo que era realmente precioso:
su cuerpo,
como una visión de Apolo.

Canción de Jonia
(1911)

Aun cuando rompimos sus estatuas
y les sacamos de sus templos
los dioses no han muerto.
Es a ti, tierra de Jonia, a quienes ellos aman,
es a ti, a quienes sus almas recuerdan.
Cuando llegan las mañanas de Agosto
un vigor emana de sus almas y se agita en tus aires
y a veces, un muchacho, de etérea juventud,
indefinible, como una sombra alada,
se aleja cruzando tus colinas.

Ante la tumba de Endimión
(1916)

Vine de Mileto a Latmos
en un blanco carruaje de cuatro mulas,
blancas como la nieve, con arneses de plata.
Navegué desde Alejandría en una nave púrpura
para hacer ritos secretos-
libaciones y sacrificios en honor de Endimión.
Aquí está su estatua y miro, con asombro,
su célebre hermosura.
Entonces mis esclavos arrojan sobre ella canastas de jazmines
y a mi cuerpo regresan los placeres de los días de ayer.

Uno de sus Dioses
(1917)

Cuando uno de ellos cruzaba por la plaza de Seleucia,
justo en el momento en que caía la tarde,
-caminando como un muchacho, alto y hermoso,
con el goce de un ser inmortal en los ojos,
con el pelo negro y perfumado-,
las gentes le miraban
y se preguntaban si lo conocían,
si era un griego de Siria, o acaso un extranjero.
Pero aquellos que observaban con atención
comprendían, y haciéndose a un lado
mientras él se alejaba bajo los portones,
entre las sombras y las luces de la tarde
hacia el barrio donde vive noches de alcohol y lascivia,
pensaban cuál de Ellos sería
y para qué sospechoso placer
había bajado hasta las calles de Seleucia
desde aquellas Augustas Moradas.

En un pueblo de Osroene
(1917)

Ayer, a media noche, herido en una riña de taberna,
trajeron a Rémona, nuestro amigo.
A través de la ventana la luna iluminaba su cuerpo.
Somos una mezcla de sirios, emigrantes griegos, armenios
y medos.
Rémona es uno de ellos. Pero anoche
cuando la luna iluminaba su entrañable rostro
pensamos de nuevo en el Cármides[1] de Platón.

[1] Aún cuando la escenografía y el personaje sean ficticios, se sabe que Osroene fue un reino de Mesopotamia durante el imperio romano, cuya capital fue Odessa, la actual Ourfa. Cármides fue un tío de Platón, asesinado en una disputa política, muy admirado por su belleza. Su sobrino le inmortalizó en un diálogo que lleva su nombre, donde Sócrates, inspirado en la perfección del cuerpo del joven, quiere definir la sabiduría como el conocimiento del bien y el mal.

En la cubierta del barco
(1919)

Se parece a él, por supuesto,
este pequeño retrato hecho a lápiz.

Fue hecho de prisa, en la cubierta del barco,
una tarde mágica,
con el mar de Jonia rodeándonos.

Se parece a él, aún cuando le recuerdo más bello.
Era de una sensibilidad casi enfermiza
y eso iluminaba mas su rostro.
Y más hermoso me parece ahora
cuando le recuerdo hace ya tantos años.

Hace ya tantos años. Todo ha envejecido-
el retrato, el barco y la tarde aquella.

Días de 1901
(1927)

Lo que había de singular en él,
a pesar de su vida disoluta
y su vasta experiencia sexual
y asi muchas veces sus actos
concordasen con sus años,
eran aquellos momentos
–ciertamente, muy raros–,
cuando su cuerpo
parecía intocado.
.

La belleza de sus veintinueve años,
por el placer puesta a prueba,
a veces recordaba, extrañamente,
a un muchacho que
–con cierta torpeza–
por primera vez
al amor su cuerpo entrega.

Días de 1909, 1910 y 1911
(1928)

Era el hijo de un marinero indigente, de una isla del Egeo.
Trabajaba para un herrero y vestía pobremente.
Sus zapatos gastados, sus manos manchadas de orín
y de aceite.

Al caer de la tarde, cuando cerraban la fragua,
si algo deseaba, una corbata cara, digamos,
una corbata para los domingos,
o si en una vitrina había visto alguna bella camisa,
por uno o dos pesos ofrecía su cuerpo.

Ahora me pregunto si en los tiempos antiguos
tuvo Alejandría, la gloriosa, un joven tan apuesto
y tan bello como este que perdimos.
Nadie hizo, por supuesto, su estatua o su retrato.
En aquel astroso taller, entre el calor de la fragua
y el penoso trabajo, entre el deleite y las pasiones,
terminaron sus días.

Días de 1908
(1932)

Aquel año estaba sin trabajo;
y malvivía del juego de las cartas,
de los dados y los préstamos.

En una papelería le habían ofrecido
un empleo de tres libras al mes.
Pero lo rechazó. No era un sueldo para él,
joven bien educado y con veinticinco años.

Apenas si ganaba cincuenta centavos diarios.
De los naipes y los dados, ¿qué podía obtener
un muchacho como él, en cafés de mala muerte,
así jugara con astucia o eligiera a los mas tontos?
Y aún cuando mucho prestara, rara vez tenía un peso.

Con frecuencia iba a la playa. Su traje era siempre el mismo,
uno color de canela, ya muy descolorido.

¡Oh días del verano de mil novecientos ocho!,
de vuestro recuerdo, por obra del arte,
se ha borrado aquel traje.
Ahora lo evoco mientras se lo quitaba
y lo arrojaba lejos junto a su pobre ropa interior.
Y quedaba desnudo, íntegramente bello.
Sus cabellos revueltos,
sus glúteos y brazos y piernas doradas por el sol
en aquellas mañanas de baños en la playa.

Jorge Bustamante García

Música inútil

Hay una música que siempre he escuchado
en Bogotá en Kaunas en Moscú en el Caúcaso
La he escuchado en el bosque de Orsay
descendiendo del Irazú en Zipa
en la humilde casa de Anselmo.
Una música que me abordó en un hotelucho
de New York
en un prostíbulo de Popayán
en la quietud del valle del Yaquí
en el trajinar demencial de ciudad de México
Es quizás la música que escuché
desde el comienzo en ese coche azul
desde donde miraba el cielo:
música de nombres lugares
desmembrada sobre senos abruptos
palpitación de cuerpos
sonidos de cal manos cuerdas
y la misma música siempre
acá y allá y en todo
suena como el tiempo desde todos los instantes
mata y da vida huye y regresa
es tan inútil como la voz del viento

Posdata

Todo ha sido cierto en este viaje
Lo que no ha sucedido y lo que fue y lo que será
Lo que salvó el amor en el borde del abismo
Lo que nos dejó la lluvia y el verano
Lo que nunca tuvimos y nunca deseamos
Lo que quedó por fuera de esta voz
Por fuera de estas líneas que quisieron
Convertirse en canto en verso
Y apenas llegaron a silencio

En el dulce abismo del tiempo

Antes de sentirse vencido
saberse de antemano fracasado
Esta certidumbre te impedirá
escribir libros espurios
páginas que se desmoronen
a la segunda mirada
palabras que se pierdan
para siempre
en el dulce abismo del tiempo

Mónica Saldías

Violación de dioses

Qué gesto aquella violación de dioses
raza de hércules

el perfil dorio del esclavo cautiverio
etnia de ángeles en
cremación de acacias

nadie supo de los días inhumados
del lacónico banquete nocturno
del saqueo de huesos
de la oportuna melena batiendo la noche
de aquella mujer en celo
sobre los negros techos de las casas
de la lágrima mutilada
del robo del oráculo
del arrebato del sol
en el vértice entreabierto de la alcoba

prepotencia de héroes
desenterrando del polvo
el divino atropello en
mutables coordenadas

sacrosanta grosería

Ya no respiro

Ya no respiro.
Apenas permanezco bajo el
estruendo de las horas.
Metal-contra-metal
después la nada
Cuerpos inertes bajo una nube de polvo.
Y el reloj agonizando a las tres
en punto de la tarde.

Ya no respiro.
Permanezco
y la voz de mi hijo preguntando:
"¿los aviones, mamá,
siempre chocan contra las casas?"

Rodolfo Häsler

No pueden los serafines con sus alas puntiagudas

No pueden los serafines con sus alas puntiagudas
y las plumas cubiertas de ojos,
no pueden los taumaturgos serafines descifrar
el enigma de la muchacha púnica
tanto tiempo a mí cercana. No consiguen
traer la solución los múltiples ojos de
los serafines ni los lobos poseedores
de larga superstición.

De las tinieblas de la casa inferior

De las tinieblas de la casa inferior,
una figura llena de majestad ascenderá por un momento,
en cuerpo de diosa, acaso una heroína.
No es seguro cuál sea su destino,
presa de amor, bajo el peso de sus faltas,
en el fuego de la lira, Eurídice,
la amada de Orfeo que vive en el infierno.

Descansa la doncella elegida con los pies descalzos
y el vestido holgado cae en numerosos pliegues.
El movimiento apresurado de la cabeza
puede quizás indicar que acaba de llegarle la noticia,
en la oscuridad más completa,
de mi requerimiento.

Como una actinia oscura, rojo púrpura

Como una actinia oscura, rojo púrpura,
ni hablo mi lengua ni habito en mi país,
soy, eso sí, el heredero de una inteligente familia fenicia.
Heme aquí el fenicio del célebre poema de Eliot
para seguir siendo el ahogado para siempre.
Como se sabe, los poetas no tienen vida propia,
mueren lacerados por el agua, ciervos sin dominio,
oteando los retirados predios que les sirven de morada,
esquivos como piezas de un viejo juego de ajedrez,
sin sangre para manchar el suelo de la alcoba.
El invierno es la estación idónea
para que las mujeres me cierren definitivamente los párpados,
y la intensidad con que un día descifré largos poemas griegos
convertida ya en nieve prodigiosa,
pierde, entre tanto, todo su calor.

Evocación

Coloco en la estancia un ramo de anémonas
y observo con detenimiento su lenta evolución,
uno tras otro hasta fumar mi cajetilla de cigarrillos Abdula,
hierático en la pureza de los ojos.
No sé cuánto va a durar el proceso,
dependerá del clima, del grado de humedad, prefiero creer.
El discurrir de los días como recuerdo de las anémonas
en espera de eclosión, seguidas de muerte,
atento entre sus pétalos rojos, azules y violados
mientras insisto, por delicadeza, en perder la vida,
como quería Rimbaud,
pendiente de la metamorfosis,
impasible ante el inminente cambio
no puedo imaginar otra situación en estos momentos,
si el negro espacio me sostiene
como parte del reflejo de un diamante, de la luna,
y me devuelve a mi raro receptáculo vegetal,
transitorio exilio
entre hojas verdes y ramas en flor.

Marco Lucchesi

Soledades

Je pense à toi, Myrtho, divine enchanteresse.
Gerárd de Nerval

Madrugada. Hora de los seres ensayando la muerte.
Me despierto en Ouro Preto. Acabo de soñar con la iglesia de San Francisco. En la máquina del sueño, ángeles operaban misteriosos engranajes y la iglesia flotaba en densas brumas. Me visita el insomnio. Me falta el reloj, y espero por el fin de la Madrugada. Sucederá cuando los cielos ya no soporten el peso de los astros y se desplomen sobre nosotros; sucederá cuando las mareas revueltas agiten los océanos, lanzando contra las playas a sus muertos; sucederá cuando los árboles pierdan su follaje y se retuerzan bajo la tempestad ardiente; sucederá cuando las montañas, libres de sus raíces más profundas, abran las heridas de sus abismos; sucederá cuando los ríos rehusen el coleante recorrido de las aguas, para detener las horas; sucederá cuando la sombra y la claridad vuelvan al principio original que las engendró, multiplicando ocasos; sucederá cuando los números y las palabras pierdan la significación ante la mirada misteriosa de los gatos; sucederá cuando el tiempo no sea nada más que una ligera cicatriz en el cuerpo de la Historia; sucederá cuando todos los serafines pierdan las propias alas, quemadas por una extraña alegría de vivir...
... entonces oiré tus pies desnudos que acarician la hierba, posan como pájaros en amor en la madrugada. Tus ojos serán como auroras presentidas – y sin embargo ignoradas – iluminando mi espera. Tus manos serán como alas de sombras perfumadas por los vientos del Atlántico. Tus senos serán como dos crías gemelas de una gacela pastando entre los lirios. Tus labios van a guardar el zumo precioso de las *jabuticabas,* y tus dientes serán como rebaños de ovejas trasquiladas, y tu rostro será un jardín

misterioso donde las rosas jamás conocerán el invierno.
Estaré bajo los pórticos de Ouro Preto, en el altar de San Francisco. Cirios han de iluminar el matrimonio. Estaré entre los locos y las prostitutas, adivinando la huella de tu perfume y la sombra de tu abismo. Estaré en Canudos, no Alto do Mário. Bajando el Nilo, cerca de Luxor. Con mis amigos, en Venezuela. En los arrabales de Buenos Aires. Subiendo la Mouraria, en Lisboa. Rumbo a Juazeiro. En Janículo, en flor.
Por todas partes y en parte alguna.
Esperando. Como quien espera – despierto – el fin de la Madrugada.
¿Tu nombre?

La ciudad y el deseo

Damasco: ciudad santa. Punto de partida para la Meca. Y sus peregrinos – llegados de las más remotas partes de Libia y de Tanzania, de Egipto y de Marruecos, de Persia y de Sudán –, para visitar los túmulos de Hussein y de Fátima, antes de la meta entrevista, perdida en las arenas.
Ciudad de los ciento cuarenta mil gatos. Ojos esmeralda. Tesoros del Paraiso. Aun del Monte Qassium, *donde casi se cumplió* el sacrificio de Isaac, Damasco parece hervir, con sus incontables alminares, en la meridiana claridad del desierto, que le enmarca el cuerpo, y cuyos beduinos, hoy y otrora enamorados, soñaban con las aguas de Barada y sus jardines. Peregrino de la nada, conquistado por ciudades más o menos santas, visibles o intrigantes, Damasco es para mí una de las más sinuosas... Le deseo las formas. Los secretos del cuerpo. Caminar por las calles olvidadas. Juegos de acaso y previsión. Conocerle las partes sensibles. Flores, inciensos, especierías. Saber que se trata de ésta, y no de otra ciudad. De ésta, y no de otra mujer. Damasco abraza este enamorado de la soledad, de las altitudes olvidadas del Mar Musa, y me devuelve a la vida en los fuertes colores de las alfombras, turbantes caucáseos, del blanco inmaculado de los príncipes del Golfo. Me dejo estar un buen rato, desadquiriendo soledad, mi columna de estilita, para sentir de cerca el olor y a qué saben las calles, me bajo de las altitudes de mi columna-montaña – nieve y certezas glaciales – y vuelvo a insertarme en el mundo, como un simeón de los pobres, de la gente simple, de esos olvidados, para quienes Damasco no es más que remota posibilidad. Sentí, en sus brazos, que mi urgencia, mi herida es algo que apenas sé soportar en medio de la muchedumbre, en medio del ruidoso silencio. Todo me encanta. Todo me fascina en Damasco. Sus

atrevimientos y delicadezas. Su cuerpo. Las fuentes que me sacan la sed. La planta de los pies. Los ojos verdes del Islán. Los senos anaranjados de Beká. Amo la ciudad al anochecer, cuando la veo en su desnudez, la mesquita de Al-Ualid, al fondo, abriendo sus puertas, durante la madrugada, mientras espera a la mujer del Día del Juício, y el áspero combate de Jesús. Como es bella Damasco... Sus labios, pozo de aguas claras. Sus ojos, bálsamo de redención.

Teatro de sombras

Un país exiliado por detrás del Sol.
Abgar Renault

No obstante hubo una noche más fría. Un cielo estrellado y sin Dios. Fue en Canudos, en el interior de Bahía.

La idea de ir hacia allá me vino de las primeras páginas de *Os Sertões*. Tenía entonces diecisiete años, y la obra de Euclides se me hizo tan espantosa como la *Iliada*. Fue un asombro. Sentí la necesidad de conocer mejor el martirio de la tierra para alcanzar el martirio del hombre, tan imbricados aparecen en *Os Sertões*. No había sido el propio *Conselheiro* la síntesis terrible de una anticlinal? Me sentí atraido a recorrer los *sertões*[1] más olvidados de Brasil. Como quien buscara el perdón de un crimen no cometido, sentimiento difuso y originario desde la lectura de Euclides.

Octubre del 96. El momento parece adecuado. Las aguas de Cocorobó bajaron a tal punto que dejaron visibles las fundaciones de la iglesia nueva, mandada construir por el Consejero, y destruída por Arthur Oscar. Yo buscaba el suelo sagrado que emergía misteriosamente de las aguas del azud. Era necesario llegar allí. Sufrir las agruras de la carretera. Sentir las garras de la distancia. Como si en Canudos yo pudiera encontrar una redención que me librara de esa culpa atávica.

Decidí viajar con algunos amigos. Unas ganas inaplazables de conocer Brasil. De la literatura hacia la geografía. Del litoral hacia el interior. Canudos fue el emblema radical de la compañía. El itinerario coincidió casi integralmente con el de la

[1] Región del nordeste de Brasil muy desértica y pobre.

Segunda columna de la cuarta expedición, comandada por el general Savaget. Coincidencia irrelevante e impar. Era otra mi expedición. Partimos de Aracaju, antes mismo que el día naciera. Llegamos a Carira, última ciudad de Sergipe. La carretera llena de piedras, dejamos Jeremoabo hacia atrás. Un paisaje absolutamente nuevo y que me parecía extrañamente familiar. Algunos rarísimos pueblos rompían tímidamente la desolación incomparable de la *caatinga*. He aquí el *sertão* euclídeo[2]. Empiezo a sentir la vegetación disforme, malezas requemadas, árboles caducos, hojas urticantes, ramas secas, resecas, revoltosas, evocando un bracear inmenso, la tortura de la flora agonizante. Puedo identificar *facheiros* y *mandacarus, xiquexiques* y *palmatórias*[3], además de la terrible y espinosa *favela*. Yo me acordaba de Fabiano y de *sinhá* Vitória, de *Vidas secas*, cuando, en la llanura enrojecida, *juazeiros* ensanchaban manchas verdes. He aquí el *sertão* bravío y sin remanso, con sus parajes impresionantes. Me deparo con la sequía y sus fantasmas. Carcasas de bueyes. Gallinazos. *Carcarás*. *Vaqueiros*[4] encorados y sus tristes *aboios*[5]. Los ardores de la canícula. La nostalgia del agua. Pienso en las profecías del *Conselheiro*[6]: El *sertão* va a volverse mar y el mar va a volverse *sertão*. Habrá mucho pasto y poco rastro. Un sólo pastor y un sólo rebaño. Muchos sombreros y pocas cabezas. Una lluvia de estrellas. Un ángel va a pregonar sermones por las puertas, haciendo pueblos en los desiertos, erguiendo iglesias y capillas, dando sus consejos. Tengo sed. Un ... amargo en la boca. Los pensamientos desordenados. Observo que el río Vasa-Barris garantiza el verde escaso que le acompaña el trayecto sinuoso. Cien años, y el tiempo que no pasa.

[2] El autor se refiere a esta región que forma el escenario de la obra de Euclides da Cunha.

[3] Nombres de plantas que consiguen sobrevivir en esta región tan desértica.

[4] Término usado para designar a los hombres que guardan el ganado, semejante a los gauchos.

[5] Canto triste de los vaqueros.

[6] Personaje histórico, líder de la guerra de Canudos. (Notas de la traductora).

Más de siete horas de viaje, dos ruedas averiadas, el calor implacable, y, de repente, una insólita elevación, el Alto de Mario. Subo por la carretera coleante. Vuelvo a ver los árboles retorcidos y desnudos, *quixabas* y *macambiras*[7]. Por todas partes, un silencio colosal, un silencio épico, doloroso. El más triste silencio de mi vida. Como si adivinara la sangre de la que se nutre este silencio-vampiro. El Alto de Mario es rojo. Paisaje marciano. Piedras esquistosas, abrasadas por el Sol. Tengo la impresión de que un incendio está a punto de comenzar. Presiento las llamaradas. Con un andar remorado, me acerco a la cruz, solitaria, como para ser testigo de todo lo que ignoro. La distancia, una pequeña mancha de agua. Dios mío: ¡Canudos, sumergida! Mejor apurarme. El crepúsculo se adelanta. Un pedazo de la carretera sagrada de Maçacará, por donde caminaba Antônio Conselheiro. Después, el Valle de la Muerte, que hoy está dentro de una finca, y – tomado por un dolor universal – contorneamos el azud de Cocorobó, que ya no se puede atravesar enteramente en barco. Pasamos por el Sargento. Y, al caer de la noche, llegamos a Canudos.

Noche de Luna llena. La Luna que, en sus sueños cósmicos, tanta cosa hubiera dicho a los *conselheiristas*, y que hubiera presenciado todas las atrocidades dirigidas contra Belo Monte. Quiero tocar el suelo de la iglesia nueva.

Entro en una canoa absurdamente frágil y en la que entra mucha agua. Es de noche, como saben ser nocturnas las noches del *sertão*, más silenciosas que el ruidoso mediodía. Llego a una isla. Avisto la cruz de la iglesia. Oídos abiertos, me imagino los sermones, perdidos, de Antônio Conselheiro. Como si fuera posible entreverle el rostro hecho calavera, la barba inculta y larga, la mirada fulgurosa y profunda, el hábito azul de brin americano, abordonado al bastón, el paso tardo y grave de los peregrinos. Le siento el espasmo asombroso de la santidad, en contra de sí mismo, quizá, así como el dolor profundo por el altar arruinado, por los santos destruidos. Antônio Conselheiro aquí

[7] Árboles de la región.

expiró. Fue a convocar en el Cielo un ejército de querubines y serafines, como en el Taso. Comenzaba el fin del mundo. Pensé en la cadencia melancólica de los rezos, refluyendo en las lejanas montañas. La campanada del Ave Maria que traspasa los descampados. El viejo Timóteo, que llama para el ángelus, mientras que las balas rebotaban en la campana. La torre desmoronándose, y Timóteo muriendo, aplastado. ¡Soportar el peso de este silencio! Sombra en el corazón. Barro en los pies. Dejo la iglesia de la isla. Una vez más, contemplo aquellas aguas. Vuelvo remando sobre la romería de Canudos. Todo sumergido. El cementerio, la culpa y la historia... Pero lo que queda de Canudos, cuando se recorren los *sertões* agros, ese paisaje de plantas xerófitas y carcasas, fijadas por Euclides, lo que queda de Canudos cuando sentimos la profundidad dolorosa y ardiente del conflicto, golpes tremulantes repercutiendo en los latidos del aire, cuerpos actuando contra el fondo azul del cielo, hombres valiosos como João Abade y Pajeú, mujeres imbatibles que soportaron el cerco, la gloria de sus cuerpos deshechos, aplastados por el hambre y por la sed, lo que queda de la visón de ese paisaje sumergido es el sentimiento de alta reverencia por los *conselheiristas,* cuyos descendientes aún traen en la cara las marcas de un sufrimiento atávico, más indeleble que mi culpa, pues ya no esperan ninguna redención. Lo que queda de Canudos es el sentimiento doloroso de que el futuro no ha llegado a los *sertões*. ¡Pasaron cien años, pero ha sido ayer!

¡Dios mío, perdón!

Gilberto Cerón

Mientras duran sus alas de cera

Ausente
no percibe
por donde huye el magma del ensueño
en el fragor de una noche cerrada en sus ojos.
Pero un instante de pronto son ríos
agolpa hirviente
abraza
da a luz en la noche de los rostros.

Un rumor de ojos pasa se contempla.

Es el nítido brío
irradiando las colinas fugaces
los valles ocultos entre los miembros
grito feraz
del que nunca ausente nunca escindido.

Recorre las laderas del olvido
encumbra ceniza vuelo pendular
y mientras duran sus alas de cera
recuerda que caerá a un más candente
socavón a la sombra de su cuerpo
volverá su grito a llamar:
en las manos o en la llama
mientras el látigo articula para oradar agudas letanías.

Naufragio

En medio del campo la voz grave
cubierta por un olvido de tierra
saluda en ojos de plomo bruñido
al naufragio rendido en arreboles.

Una ceniza arquea en la garganta
mientras un golpe devuelve obituarios
que ciernen el espinado pecho
con lluvia anuncia arsénico y el humo.

Un hueso cristaliza en la ventana
un camino se reseca en la huida
como ansia trabada entre confines.

Camino de regreso está en la huella
apenas si visible minuciosa
asombra lustros y rostros en la mano.

Imposible nombrar

No es posible escribir
el dolor pendular que emana un patio
sabor sombrío en las esquinas
en medio de una brisa expósita.

Ni es posible reunir el tiempo
que riela en las campanas
torres de calcinado albor
ceniza en los ojos
durmientes
acercan
ondas
el sonido trabado en el pecho;
inunda y desagua la noche
hiela
un pasmo anuncia
que no se explica
cómo los cangrejos desean nuestros ojos
descansan
con sus vientres boca arriba
miden los hilos que unen las estrellas.

Es imposible nombrar
a los que escapan mutilados por los ductos del horror
y a los que impasibles mascan sus propios dientes.

Signo

Miras por la cesura de tu mano
como único habitante del poema.
Lector, caminas hacia la muerte.

Tú, signo, que se borra y se reescribe.

Es otra estrofa la espera en algún libro.

Un Dios enfermo

Herir cada doblés de hierba
mantiene un Dios enfermo.
Así queramos
lucir la armadura que nos protege
brillante, rodará vacía.

Silvia Favaretto

Licor de luna

El amor pasa
como un fantasma a través de nosotros.
Nos llena y nos vacía.
El amor danza líquido
en nuestro envase.
Sólo estamos hechos de distintos materiales,
hay los que son de esponja
y los que son de vidrio.
Un día me caí y me rompí
en pequeños pedacitos de resplandeciente cristal.
Mi amor
se vertió todo en el piso
y fue absorbido por la tierra fría.

I.l.s.d.d.

Él estaba frente a mí.
Yo reconocía esa mirada de lluvia.
Me miraba y llovia en su corazón.
Me estaba pidiendo perdón
por algo que no había cometido.
Me estaba pidiendo perdón
por algo que habìa cometido yo.

Un juglar decaido,
triste como sòlo un clown sabe ser,
me miraba con ojos que imploraban perdòn
y una herida abierta en el pecho
mientras yo apretaba aùn en la mano
el puñal ensangrentado
que él no veìa,
que él nunca verìa.

Algunas personas no nacen para ver los puñales,
nacen para amar y sufrir.
Así él trataba de curarme una herida
que había yo provocado a él.
¿Acaso podía yo amar a un hombre así?
¿Acaso podía yo no amarlo?

Tengo el infierno dentro de mi

En mis entrañas podridas
se agita una serpiente,
me devora y me quema,
no me deja respirar.

La mano del diablo
de adentro revuelve los tejidos
de mi carne.

El vientre se dilata y se incha
y la suave piel se estira
hasta quebrarse.

Estoy embarazada del hijo del demonio,
se agita convulsamente
en mi estómago doliente,
me sofoca y grita:

Terrible, dolorosa e injusta es la vida.

Konstandinos Kavafis (Alejandría, 1863-1933), es uno de los mas importantes poetas contemporáneos. Su obra ha sido profusamente difundida en más de setenta idiomas. Los poemas que publicamos fueron traducidos por Harold Alvarado Tenorio y Rena Frantzis y estaban inéditos. El texto de Mario Vargas Llosa fue escrito para este número con ocasión de una visita que hizo a la casa museo del poeta alejandrino.

Jorge Bustamante García (Zipaquirá, 1951), hizo estudios de geología en Moscú. Ha publicado *Invención del viaje* (1986), *El desorden del viento* (1989), *El canto del mentiroso* (1994) y *El caos de las cosas perfectas* (1996). Ha traducido a numerosos poetas rusos del siglo XX. Los poemas aquí publicados pertenecen a su libro inédito *Razón de la embriaguez.*

Mónica Saldías (Montevideo, 1960), hizo estudios de Literatura y Derecho en la Universidad Oriental del Uruguay y reside desde comienzos de los años noventa en Suecia. Algunos de sus libros son *Obsesión de Pájaros* (1986), *El mar en tus zapatos* (1988) y *En algún lugar de la tierra* (1991)

Rodolfo Häsler (Santiago de Cuba, 1958), es Licenciado en Letras por la Universidad de Lausanne y vive en Barcelona. Algunos de sus libros son *Elleife* (1993), *De la belleza del puro pensamiento* (1997), *Poemas de la rue de Zurich* (2000) y *Paisaje, tiempo azul* (2001). Ha traducido a Novalis y Kafka.

Marco Lucchesi (Río de Janeiro, 1964), es poeta, traductor y editor. Ha publicado entre otros libros *Poemas reunidos* (2000), *Poesie* (1999), *Bizâncio* (1998), *Os olhos do deserto* (2000) y *Saudades do paraíso* (1997). Los textos que publicamos fueron traducidos del portugués por Diana Araujo Pereira.

Gilberto Cerón (Girardot, 1956), pintor y poeta, ha realizado numerosas muestras de su obra tanto individuales como colectivas. Los poemas que publicamos pertenecen a su libro inédito *Suspensión de la duda.*

Silvia Favaretto (Venecia, 1977), hizo estudios de lengua y literaturas extranjeras en su ciudad natal, donde trabaja como traductora. Los poemas que publicamos pertenecen a su libro inédito *La carne del tiempo.*